

**LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**4 de mayo de 2008**  
**Mt 28, 16-20**

Queridos hermanos y hermanas:

Querría compartir con vosotros tres puntos del misterio de la Ascensión que celebramos hoy; los tres se encuentran en la narración evangélica que acabamos de escuchar. Son tres puntos que nos llevan a dar gracias, a comprender la dificultad para creer que muchos experimentan, en afianzar nuestra fe Jesucristo y potenciar nuestro testimonio.

El primer punto está centrado en la palabra de Jesús: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta al fin del mundo*. Con estas palabras Jesús evoca la presencia divina que acompañaba al pueblo de la Primera Alianza y nos asegura que esta presencia se hace realidad de una manera máxima en la asistencia que él ofrece a los que se han hecho discípulos suyos por la fe y viven en la Galilea del mundo, en medio del pluralismo cultural y religioso. Esta asistencia es constante, *cada día*, hasta en los momentos de dificultad o de persecución. Aunque a veces puede parecer que sea inoperante o esté silencioso, él actúa con el *pleno poder en el cielo y en la tierra* que le ha dado el Padre después de la resurrección al ser entronizado en la gloria. Sólo que lo hace, el actuar, según la sabiduría divina y no según nuestros criterios siempre cortos de miras a la hora de escrutar el plan de salvación que Dios ha previsto para la humanidad. La Ascensión, pues, abre una forma de proximidad, de amistad, de Jesús a lo largo del tiempo y de la geografía, una forma de solidaridad con la historia y la vivencia de cada uno, que se hace perdón y salvación. Él está con nosotros *cada día*, constantemente, sin disminuir nunca en el amor, en el don de la gracia y en la voluntad de establecer un coloquio íntimo con cada persona.

El segundo punto que querría compartir con vosotros es el que refleja aquella frase: *Al verlo se prosternaron. Algunos, sin embargo, dudaron*. Delante del Cristo resucitado, los discípulos hacen un gesto de adoración, expresando así su fe en el Cristo vencedor de la muerte, investido de la autoridad y el poder divinos que le hacen Señor del Universo. Sin embargo, el texto evangélico dice que no todos tenían una fe lo bastante firme: algunos dudaron. No nos tiene que escandalizar que algunos de los discípulos dudaran. Más bien nos tiene que confortar por las veces que nuestra fe flaquea. Y nos tiene que hacer comprensivos delante de tanta gente que tiene dificultades para creer. Todos, en un momento u otro de la vida, podemos hacer esta experiencia de la duda en la fe, de la dificultad en creer ante los cuestionamientos que nos hacemos interiormente o que nos vienen de la sociedad secularizada. Incluso podemos hacer la experiencia de buscar a Dios y no encontrarlo. Es cierto que la razón humana puede llegar al conocimiento de Dios y de su enviado Jesús. Pero también es cierto que, para conocerlos, hay que hacer un acto de confianza y de abandono desde la honradez intelectual de tomárselo como un tema legítimo y serio. Esta actitud sincera de búsqueda hace posible el llegar a conocer al Dios revelado en Jesucristo, con un conocimiento que viene de la razón, de la naturaleza, pero también de la gracia y del Espíritu Santo (cf. C. M. Martini, "La tentación del ateísmo": "Documents d'Església, 916, p. 249-250). Y por eso hace falta la plegaria, la lectura meditativa y orante de la sagrada Escritura, el adentrarse en la liturgia de la Iglesia. Estos elementos nos ponen en presencia del Emmanuel, del Cristo que está con nosotros *todos los días hasta al fin del mundo día*; cuando su pedagogía divina lo cree mejor para cada uno, hace sentir su voz: *aquí estoy* (Is 58, 8).

El tercer punto que querría compartir proviene del mandato que Jesús da a los Apóstoles y a través de ellos a todos los miembros de la Iglesia: *Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos [...], y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado*. Es un mandato importante y que hace referencia a dos temas muy actuales: el de la libertad religiosa y el de la legitimidad del anuncio del Evangelio a las otras culturas. En nuestros días, hay muchos que creen que en el fondo todas las religiones son más o menos iguales porque todas llevan a lo mismo. Es un tema complejo, ciertamente, que requiere muchos matices. Sin embargo, por una parte hay que decir que hay que respetar la conciencia de cada uno, creyente o no, y que todo el mundo tiene derecho a profesar incluso públicamente su religión. Hay que decir, también, que las grandes religiones no cristianas tienen su riqueza y que responden a las inquietudes del corazón humano. Tal como enseña el Concilio Vaticano II son semillas de la Palabra, preparación para el Evangelio, destellos de la Verdad del Cristo que ilumina toda la humanidad (cf. "Nostra Aetate", 2). Eso, sin embargo, no anula que los cristianos tengamos que testimoniar a Jesucristo delante de todos los pueblos, sin violentar a nadie, con respeto y voluntad de colaboración sincera con los creyentes de las otras religiones y los no creyentes, a fin de que todos los pueblos puedan conocer la plenitud de Dios revelada en Cristo; la plenitud del Dios compasivo y benigno que es uno y al mismo tiempo es *Padre, Hijo y Espíritu Santo*. En este sentido, la Iglesia tiene el deber y el derecho de hacer discípulos de Jesús, y de bautizar a los que lo acogen en su vida.

La Ascensión es el término de las manifestaciones del Señor resucitado e inaugura el tiempo de la Iglesia. No para que nos tengamos que quedar centrados en ella ni en sus estructuras. La Ascensión inaugura el tiempo de la Iglesia como sacramento, como realidad visible que, por el Espíritu, manifiesta y hace operante la realidad invisible del Cristo resucitado presente *cada día* en medio de su pueblo. Hasta el establecimiento definitivo del Reino de Dios al final de la historia. Jesucristo glorificado asiste eficazmente la misión apostólica de la Iglesia de una manera ininterrumpida.

Esta certeza nos mueve al testimonio. Esta certeza, además, nos hermana ahora para acogerlo presente en los Santos Dones eucarísticos y recibirlo como luz y sustento espiritual de nuestra existencia.